

## La roca que lucha contra el viento

La noche caía oscura y silenciosa en el collado. Los pájaros, arrendajos y negras collalbas, buscaban cobijo bajo el abrazo de las estrellas. El aire transportaba a su antojo los suspiros y los anhelos de los vecinos del pueblo que antes de dormir rezaban sus oraciones... Fray Roque, sentado junto al fuego, masticaba y disfrutaba del silencio; intentando descifrar los intereses de sus vecinos, vecinos a los que amaba y a los que prestaba sin dudar toda su ayuda: qué no daría Fray Roque por darle harina a Francisco para alimentar a sus hijos, por darle agujas nuevas a Antoñita para que pudiera seguir cosiendo y así cuidar a su familia, por enseñar a leer y escribir a los niños que poblaban Gójar... Y allí, en el silencio, el frailecillo soñaba despierto con la felicidad de su pueblo. Un ruido lo sacó del ensoñamiento, una luz potente y cegadora que llegaba desde arriba iluminó todo el collado. Fray Roque notó como la sangre se le helaba en las venas y como el vello se le erizaba como las hierbas movidas por el viento. De pronto, empezó a escuchar nítidamente los deseos de sus vecinos; podía reconocer todas y cada una de las voces de sus amigos y conocidos: su alma se deleitaba al comprobar que en el corazón de sus gentes, de las gentes de Gójar, solo había aspiraciones de amor y buenos sentimientos. Al final, había merecido la pena pasar toda su vida ayudando a todas aquellas personas de buen corazón; sabía el fraile que no se equivocaba.

Fray Roque salió de la cueva en busca del resplandor divino que le hablaba, en busca de todos aquellos deseos que lo llamaban, quería escuchar más y más, quería ayudarlos a todos. Subió el frailecillo trepando hacía la deslumbrante luz, ya no le importaba el frío ni la ventisca; la deidad lo abrigaba y lo invitaba a seguir en pie pese a la edad y a las adversidades.

En la ladera la luminosidad brillaba más y más gloriosa, más y más cegadora, y los deseos de todos sus vecinos se escuchaban cada vez con más fuerza. Acercó sus dedos al fulgor y notó como se volvían roca. El pulso sonaba acelerado, se le entrecortaba el aliento, el ruido de su corazón se mezclaba con las voces de sus amigos; pero no podía dejar de adentrarse en ella. Aquel era su destino.

De pronto la luz desapareció y el fraile quedó convertido en roca, una roca que pasados los siglos allí continúa escuchando los deseos y anhelos de los vecinos de Gójar. Una roca que por las noches, en el silencio, escucha los intereses de las personas de buen corazón llevados por el viento, el mismo viento que escuchaba Fray Roque sentado junto a su hoguera.

Y así, dice la leyenda que si vas a la roca y le cuentas tus deseos no solo te escucha, sino que además te los cumple y se congratula, como Fray Roque, en hacerlo.